

Clásicos del pensamiento relacional

ZARETSKY, ELY (2012). *SECRETOS DEL ALMA. Historia social y cultural del psicoanálisis*. Madrid: Siglo XXI (Original de 2004).

Reseña de Juan Domingo Martín Fernández

El título de este libro, “Secretos del alma”, es un homenaje a la película del mismo nombre de 1926, americana, dirigida por G.W. Pabst, que constituye el primer film de la historia que contó con “asesoramiento científico” de psicoanalistas (Sachs y Abraham, concretamente), y que plasmó en el celuloide de manera intencionada fenómenos de temática inconsciente, analítica y psicológica (página 217 del texto). Ely Zaretsky hace así un guiño a la historia del movimiento psicoanalítico en su confluencia con el universo social y cultural de los protagonistas, con sus coordenadas históricas, sociológicas y contextuales, lo cual constituye el argumento y motivo de su libro, más allá del recorrido lineal por el desarrollo teórico de las ideas y los postulados psicoanalíticos, que también se aborda de una manera bastante exhaustiva a lo largo de las 509 páginas de la obra.

El autor, del cual en la solapa del libro nos informan que es profesor de Historia en la *Graduate Faculty* de la *New School University* de Nueva York, especialista en historia de la familia, de la cultura y del psicoanálisis, ya tiene en su haber desde los años 80 títulos que analizan el capitalismo y las variables familiares, y también sobre la inmigración polaca en Estados Unidos (de donde deducimos algo arbitrariamente que procede su origen, porque no aparecen anotaciones biográficas del autor en el libro, ni el año de nacimiento siquiera, y suponemos que es hombre por el género de los sustantivos referidos a él en esta breve reseña, aunque el nombre *Ely* nos hace dudar bastante). Lo que interesa es la obra que tenemos en las manos, buena edición en tapa blanda de la Editorial Siglo XXI, de un original que fue escrito en 2004.

La traducción es impecable en la redacción y sintaxis del texto, fruto sin duda de un buen estilo narrativo y didáctico del autor, realmente bien logrado y muy expositivo, a menudo con precisión elocuente; sin embargo, en el texto aparecen varios errores graves a la hora de trasladar al castellano algunos términos específicos psicoanalíticos del inglés original: así, el artículo de Freud de 1915 se nombra “Luto y melancolía” (p. 170), lo que resulta absurdo en cualquier ambiente psicoanalítico hispano (no hay lugar posible a confusión entre el luto y el duelo). De igual modo, mantiene la nomenclatura inglesa para las tres instancias de la personalidad (en latín: *id*, *ego* y *superego*), cuando en nuestro entorno las empleamos *siempre* en castellano (ello, yo y superyó), como Freud las nombraba familiarmente en alemán; desconozco si quizás en América Latina se manejan como el traductor pone (aunque la traducción debe ser española, porque lo es la editorial).

Esto me lleva a pensar que el equipo de traducción no tiene buena formación psicoanalítica (aunque en tantos otros pasajes la traducción probablemente sea de lo más correcta), lo que es una pena para esta gran obra. También lo es que carezca de un índice analítico al final, lo cual impide encontrar fácilmente un autor o tema específicos yendo directamente a la página, y sólo contamos con la orientación genérica que aporta el índice general al comienzo del texto.

Mas, quitando lo anterior, el libro de Ely Zaretsky es ciertamente extraordinario y merece las críticas elogiosas que aparecen en la solapa. Se trata de un recorrido muy completo, ordenado, lineal y a la vez conectando en varios planos simultáneos y paralelos, por los acontecimientos y sustratos que permiten explicar el devenir del psicoanálisis, desde antes de sus comienzos (los antecedentes freudianos y su contexto de origen, y las causas contingentes para el nacimiento y expansión del movimiento), pasando por sus distintas fases, hasta la actualidad del siglo XXI. Creo que todas las coordenadas están reflejadas, los contextos biográficos y sociales de los distintos autores psicoanalíticos (muchos de ellos, no sólo los principales: también los protagonistas de las diferentes etapas del movimiento, en distintos países y contextos geográficos, también referencias biográficas a sus continuadores, críticos, opositores, etc.), los fenómenos sociales, culturales, históricos que se entrecruzan con las vidas personales de los protagonistas para influirse mutuamente y dar lugar a productos, hechos, acontecimientos, ideas, representaciones, inventos.... incluso hay espacio para las anécdotas personales, y las sexuales (p. 164). También las consecuencias de determinadas elecciones, políticas, desarrollos, planteamientos, interacciones... en cada uno de los lugares, espacios y tiempos en los que se han situado los múltiples objetos del psicoanálisis, personales e impersonales, clínicos y políticos, oficiosos e informales, positivos o negativos...

En definitiva, "Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis" ofrece al lector probablemente la, hasta la fecha, más completa y caleidoscópica perspectiva de la historia de las ideas psicoanalíticas, de las principales y de muchas de las secundarias que entran en confluencia recíproca con los movimientos sociales y culturales de los siglos XIX, XX y el XXI que estamos ahora estrenando. La exposición del psicoanálisis en sus vertientes clínica, teórica, biográfica, cultural, social y política en el contexto de cada década, se consigue además con un estilo narrativo claro, accesible, comprensible, que otorga algunos momentos ciertamente magníficos y fascinantes. Además, los conocimientos de Zaretsky se revelan enormemente amplios, diversos, múltiples y bien correlacionados, y la comprensión de las complejidades del psicoanálisis bastante sólida, coherente y persuasiva, más allá de las opiniones subjetivas del autor y del registro de contingencias temporales que a veces parezcan a nuestros ojos no ser causales sino mayormente accidentales. No obstante, la presentación de las contradicciones inherentes al movimiento y a su clínica se realiza con honestidad, así como las frecuentes dualidades y dialécticas complejas que han surgido con el tiempo, y el autor las expone buscando siempre su contexto e interrelaciones.

Sólo quizás echemos de menos algo una profundización mayor en el contexto biográfico y familiar de Freud, sus parientes, hermanos y hermanas, mujer, hijos e hijas, y

todo el ambiente cotidiano, intra-histórico que había en esa casa (en la de origen y en la que él fundó en Berggasse 19, calle anodina de Viena entre el rastrillo judío de la ciudad y la Universidad, p. 107), y que tanto pudo tener que ver con el germen de las ideas psicoanalíticas, y no sólo los grandes fenómenos y acontecimientos sociales contemporáneos de su época. Lo demás, creemos, está recogido en las más de 500 páginas: la formación de Freud con los distintos maestros, sus aprendizajes, ocupaciones e intereses; la correspondencia epistolar a medida que se iba produciendo, intercambios fundamentales con Joseph Breuer y con Wilhem Fliess, primeras publicaciones y contexto; atracción de los primeros discípulos y constitución del *Mannerbund* (el grupo de amigos, varones, de características sectarias en torno a un líder carismático de mayor edad que hace funciones de padre), procedencia de cada uno de éstos y avatares personales para llegar a confluir con el psicoanálisis (Adler, Federn, Tausk, Jones y muchos otros directamente; Rank a través de su médico Adler; Jung desde la Burghölzli de Zürich y por él luego Abraham, Ferenczi, Biswanger, Brill, Gross, Pfister... después las siguientes generaciones de psicoanalistas que se analizaban con estos primeros, como Melania Klein, Helen Deutsch, Karen Horney, Reich... y así sucesivamente); múltiples consecuencias y derivaciones después, expansión, interacciones y producciones, desarraigos y arraigos en el contexto económico y político de la época....

En fin. Un conjunto prolijo de datos, interrelaciones, dialécticas y devenires que Zaretsky se esfuerza por detallar y contextualizar de una forma bien lograda, porque el resultado es sencillo para la complejidad y volumen del proyecto. A continuación comentaremos las principales ideas y líneas generales del texto, en referencia al esquema histórico, social y cultural sobre el que se traza el desarrollo del movimiento psicoanalítico, de sus autores y las representaciones teóricas y clínicas paradigmáticas al respecto, además de las impresiones subjetivas nuestras conforme vayan surgiendo.

El libro se compone de 12 capítulos distribuidos en tres grandes partes: la primera (caps. I a IV) trata de “los orígenes carismáticos: el desmoronamiento del sistema familiar victoriano”, y temporalmente llega hasta la Primera Guerra Mundial; la segunda (caps. V a IX) explica el “fordismo, freudianismo y la triple promesa de la modernidad” en los años 20 y 30; la tercera (caps. X a XII) habla “de la psicología de la autoridad a las políticas de la identidad”, a partir de la Segunda Guerra Mundial, pasando por la Guerra Fría hasta los años 70. Hay también una introducción general titulada “el ambiguo legado del psicoanálisis”, y un epílogo final que termina elegantemente el proyecto emprendido: “el psicoanálisis en nuestros días”. El texto se jalona con un total de 41 ilustraciones en blanco y negro, fotografías y algunas viñetas cómicas, para acompañar el contenido con otros datos gráficos y visuales concernientes, sobre todo retratos de los protagonistas nombrados, lo que constituye un valioso material gráfico para la posteridad y un beneficio plácido para nuestra curiosidad.

Zaretsky se plantea cómo pudo surgir, arraigar y reproducirse el psicoanálisis en el contexto histórico y coyuntural que le vio nacer, el cambio de siglo entre el XIX y el XX, en el ambiente urbano, cosmopolita y judío de las grandes ciudades de la Europa continental. No se debió sólo al genio sobresaliente del creador, Sigmund Freud, un judío nacido en Moravia en 1856 de un padre maderero, casado en terceras nupcias, emigrado de la Galitzia polaca y recalado desde 1860 en la Viena imperial, la segunda ciudad con más

población judía del mundo (tras Varsovia) según nos informa el autor (p. 46). La afición del joven Freud por la filosofía y la zoología fue paulatinamente mudando a un interés desbordante por la psicología y la neurología, de la mano de influencias universitarias decisivas: Brentano nada menos, fundador de la fenomenología europea, luego junto a otros científicos más experimentalistas como Brücke o Meynert, todos ellos autores que han pasado a la posteridad por diferentes hallazgos médicos; Freud también rotó con Charcot en París, conoció a Bernheim en Nancy... finalmente entabló amistad y relación laboral con Breuer en Viena y correspondencia con Fliess en Berlín, sus dos grandes maestros y mentores, después de los cuales no llegaría a entablar una relación interpersonal íntima y simétrica con nadie más, ni se dejaría analizar ni confesar por nadie (sus amigos en adelante serían más jóvenes y aprendices, serían discípulos más que colegas, muy queridos y apreciados -o no tanto- pero en una relación jerárquica de asimetría y lealtad).

Los primeros escritos del psicoanálisis aparecieron en 1895, firmados por Breuer y Freud. El libro da buena cuenta de estos desarrollos, sus implicaciones y consecuencias, y el devenir de las ideas psicoanalíticas desde entonces, sobre todo a partir de *La interpretación de los sueños* de 1899: el gran libro que le reportó fama internacional y semilla didáctica para la germinación de médicos e intelectuales analistas en toda Europa.

En efecto, la eclosión de las ideas psicoanalíticas no son sólo fruto genial del autor, sino también producto de un tiempo histórico y unas coordenadas sociales y culturales. Zaretsky hace mucha mención de la Segunda Revolución Industrial, caracterizada por el auge de la producción en masa de bienes de equipo y de consumo, el nacimiento del consumo de masas y la publicidad, el auge de nuevos productos y fenómenos técnicos e industriales como el petróleo, la electricidad, el automóvil, la mejora de los transportes terrestres y marítimos, la invención de los aéreos... Y junto a todo ello, la transformación social paralela, antecedente y consecuente de estos fenómenos humanos: de una sociedad victoriana puritana, clasista, burguesa, ordenada, homogénea y de algún modo desobjetivizada, a una nueva sociedad en ciernes, más subjetivizada, más individualizada, con mayor introspección, libertad, elecciones, calidad y condiciones de vida, apertura y dinamismo... La emergencia con el cambio de siglo de la nueva sociedad de masas y de consumo, heterogénea, más liberada e interesada en los nuevos fenómenos humanistas, culturales, médicos, de los cuales uno era el afán de investigación científica positivista y los descubrimientos experimentales, y otro el interés por lo mental, el inconsciente y la patología de la personalidad.

El autor hipotetiza con un único antecedente histórico de este fenómeno de apertura y subjetivación de los individuos en un contexto económico y social nuevo: el auge del calvinismo y el puritanismo en los siglos XVII y XVIII, en paralelo con el desarrollo burgués y capitalista, y la Ilustración norteamericana y europea. Freud y el psicoanálisis son una especie de nueva reforma protestante, porque al pensamiento antiguo de la uniformidad, universalidad, objetividad y externalidad, se opone el nuevo énfasis en el alma, en el sujeto y su subjetividad íntima, en la autonomía y la libertad, en el libre examen de uno mismo -como si fuera la Biblia- y la introspección sin mediadores externos, para alcanzar una verdad personal y sagrada antes ignorada por la autoridad y el individuo

-hacer consciente lo inconsciente-.

La marca del calvinismo está muy presente en el libro, pese a la extrañeza que pueda ocasionarnos porque el psicoanálisis desde sus orígenes hasta su expansión americana fue una ciencia propiamente judía y semita. La asociación calvinista, que desde la perspectiva del autor es carismática, introspectiva, autónoma, subjetiva, individual, contingente e idiosincrásica, es para Zaretsky el sustrato principal que explica la expansión del psicoanálisis en los Estados Unidos, mucho antes de la gran emigración de analistas judíos huyendo de los nazis, y también permite entender las peculiaridades que la disciplina tomó allí y que constituyeron la marca del éxito del movimiento durante décadas en todo el mundo, y a la vez su decadencia, como más tarde veremos.

Al concebir Freud un inconsciente personal, pulsional (idea tomada de Schopenhauer, que decía que todos somos juguetes de una voluntad anónima y ciega, p. 32), que es idiosincrásico de cada uno, único y desconocido para todos y para el individuo, contingente a la infancia e historia de éste, pero que constituye a la vez una extensión de las coordenadas y universales de la naturaleza humana en cada uno de nosotros (idea tomada de Kant, p. 48), la sede de las pasiones humanas que quieren liberarse al ambiente, y de los controles que la sociedad y la familia imponen para reprimir el torrente afectivo personal... Todo ello situó al inconsciente individual como el producto más atractivo para la cultura de ese tiempo, para la clínica de los fenómenos mentales, neuróticos, histéricos, y también para el despertar definitivo de las dos grandes variables reprimidas por la cultura anterior: la sexualidad y el poder.

Freud conceptualizaba el inconsciente como un aparato de fuerzas de todos los signos, enfrentadas unas a otras en una dialéctica continua e inescrutable, con mecanismos de defensa no pasivos sino motivados, con vida propia y más verdad y significado que la mera conciencia o percepción individual del sujeto... El psicoanálisis encarnaba el espíritu de la época de libertad, individualidad, separación psíquica del sujeto respecto del tiempo y el espacio concretos de los demás (los procesos primarios inconscientes), y la liberación de los instintos, del alma en su esencia para buscar un nuevo destino más personal y emergente, explosivo respecto de las represiones anteriores y mucho más receptivo con la nueva sexualidad; la construcción de un complejo mundo interior ajeno a la racionalidad y realidad exterior, el núcleo de la personalidad como algo inconsciente, contingente, algo irracional e incontrolable al mismo tiempo que analizable y expresable, en una dialéctica constante entre la liberación y el control (p. 63). La introspección, la subjetividad, no se dirigirá prioritariamente hacia fines instrumentales, artificiales, directivos o estratégicos, sino hacia la intimidad, la libertad, la sensibilidad, la contradicción y la idiosincrasia personal. Éstas son las marcas características del modernismo de fin de siglo.

Todo este énfasis en la subjetividad humana, la raíz del psicoanálisis, se revistió de un apetito sexual inédito en la sociedad europea, en los cánones victorianos encorsetados que encontraron en el psicoanálisis la palanca de apertura y explosión centrífuga para explorar, a la par que pluralizar, la intimidad sexual y la propia naturaleza de las personas. Zaretsky afirma que Freud, en los *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), defiende una bisexualidad innata y arremete contra la heterosexualidad convencional e innata,

acusándola de fachada y represión. La propuesta de una pluralidad en el sexo, de una idiosincrasia en el sexo que no se reduce a las categorías dicotómicas de masculino-femenino o de pasivo-activo, sino que todas las modalidades son universales en la naturaleza humana, en la infancia temprana (la bisexualidad de nacimiento y la perversidad polimorfa de los niños, recordemos), y todas ellas están sujetas al mismo paradigma de la “elección de objeto” (p. 84), de la libertad inconsciente. Porque, en la realidad analítica psicosexual inconsciente, no hay distinciones ni asignaciones preestablecidas a grupos (hombres, blancos, heterosexuales) que ostentan control (social, sexual, político) respecto a los grupos que carecen de él (mujeres, negros o judíos, homosexuales).

Ello situó a Freud en la vanguardia del movimiento cultural y sexual del cambio de siglo, referente teórico y contestatario de los primeras reivindicaciones feministas (sufragistas, el primer feminismo, porque el siguiente vendría en los años 20) y homosexuales, a la vez que atacaba el paradigma imperante masculino porque constataba la vulnerabilidad sexual y psicológica del varón, y el perfil pasivo y dependiente (inferior en términos de poder) en el sexo masculino heterosexual, no sólo en el femenino o el homosexual como siempre se había considerado. El interés del psicoanálisis por el lado enfermizo de la existencia, por el *pathos*, los déficits, las taras, los síntomas, la psicopatología anormal y también la cotidiana, y el simple morbo... atrajeron la atención de los colectivos marginales, periféricos y minusvalorados de la sociedad, a la vez que se cuestionaban los parabienes sociales, normativos y convencionales de la época, la fuerza de la tradición y de las instituciones.

Freud se esforzaba por aunar, en una síntesis coherente y sistematizada, la investigación científica, técnica y objetiva, en el inconsciente y la patología mental, con muchas pretensiones academicistas y positivistas de promoción dentro del *establishment* universitario y político del momento, con el estudio y la confluencia en el ambiente cultural vanguardista, la sensibilidad con los fenómenos sociales marginales y contestatarios, y también una asociación significativa con la ideología política progresista (afinidad y colaboración frecuente de muchos analistas con el socialismo-marxismo austriaco o alemán, p.e. en Adler, Federn, Horney, por supuesto Reich... que provocaban los recelos del propio Freud al respecto); además del desarrollo intrínseco del tratamiento psicoanalítico de la patología mental. Logró bastante éxito de ello en vida, aunque luego en la segunda mitad del XX ese dualismo del psicoanálisis se rompiera definitivamente.

No obstante, siempre ha existido una doble presión en el movimiento psicoanalítico, una interfaz dualista en lo tocante a los aspectos políticos, sociales y culturales con el ambiente histórico del momento: entre mantenerse purista, auténtico, crítico con la sociedad y los paradigmas dominantes, y por ende marginal y despreciado del mundo oficial (de la ciencia, la universidad, la sanidad, el estado, la cultura); o bien seguir esta corriente normalizadora, bastante absorbente y disolvente, de integrarse en el *establishment* oficioso, en las convenciones sociales y políticas, en el aparato dominante y bien visto, y desde allí trabajar con la tranquilidad de la corriente y el beneficio del poder.

El psicoanálisis se originó en la clase media-baja de judíos centroeuropeos, urbanos, cosmopolitas, que no tenían ninguna afiliación institucional (ni universitaria ni

marcadamente profesional), y por eso se acercaron a Freud, un maestro carismático del mundo de la clínica de la irracionalidad y la incertidumbre. Hoy diríamos que muchos de los primeros analistas eran *outsiders*, aunque esta palabra no la emplea Zaretsky, pero transmite el mensaje. Estaban fuera de las convenciones y los aparatos, y padecían dificultades para sobrevivir en sus profesiones médicas o terapéuticas, para tener pacientes y promocionarse. Este contexto ayudaba a que el *Mannerbund* vienés inicial fuera cuasi-familiar, sencillo, entrañable, también podemos decir que relacional, aunque la técnica y la teoría del momento fueran contrarias al paradigma intersubjetivo, pero latía en el fondo un aliciente humanista, relacional, tierno, subjetivo, idiográfico... algo moderno y también romántico, en cierto modo.

Por tanto, la marginalidad era algo ya de partida, aceptada, aunque siempre se quisiera huir de ahí. En Europa el psicoanálisis fue marginal hasta bien entrados los años 30, y mantuvo el espíritu crítico y sectario que ocasionó los cismas conocidos en la primera generación de analistas. Precisamente los individuos que por diversas circunstancias rompían estos esquemas, terminaron siendo apartados del grupo entre 1911 y 1912, expulsados por Freud y los demás. Como Adler, médico vienés que centraba su interés en la pulsión agresiva del poder y no en la sexual (p. 142), y además lo contaminaba con ideas feministas y socialistas, incómodas para el resto; o Jung, psiquiatra suizo que también discrepaba de la libido freudiana, no aceptaba realmente la bisexualidad innata que sustentaba la teoría freudiana de la sexualidad infantil y del inconsciente (p. 153), a la par que sobresalía por una personalidad dominante y ambiciosa y una ideología antisemita, lo que chirriaba bastante con el ambiente judío sectario y periférico en torno a Freud. No obstante, otros analistas ambiciosos procedentes de entornos no judíos, como el británico Jones, o de clases altas judías como Hartmann, continuaron al lado del fundador; más tarde ambos se caracterizarían por abrazar la opción política de la normalización del psicoanálisis con el sistema social y la ideología conservadora, buscando más la adaptación del aparato mental del sujeto a la realidad exterior que la liberación terapéutica de los impulsos naturales del Ello (la Psicología del Yo ya estaba germinando en los años 20).

Al ambiente crítico, marginal, alienado y pesimista del psicoanálisis europeo, se contraponía el entorno optimista, expansivo, carismático y emprendedor del psicoanálisis americano, desde que el propio Freud fuera invitado a dar unas conferencias introductorias en la Universidad de Clark en 1909. “No imaginan que les traemos la peste”, es la célebre frase que Freud comentó a Ferenczi en el viaje de ida; poco imaginaba él que más bien era al revés, y la mentalidad americana acabaría por transformar enteramente el espíritu psicoanalítico, incluso la teoría, y adelantar la decadencia de la clínica y su imagen profesional.

En Estados Unidos el psicoanálisis se convirtió, desde sus comienzos con Brill (p. 119), en un método de curación y una forma de perfeccionamiento personal, en lugar de una actitud crítica psicológica o social (p. 104). De hecho, el psicoanálisis americano fue terreno de confluencia de especialistas diversos en clínica mental, en la universidad y fuera de ella, y algunos de ellos procedentes de *ciencias cristianas*, de corte evangélico y puritano. Zaretsky afirma que en América el movimiento analítico fue absorbido por el sistema dominante, se asimiló a ellos, se profesionalizó rápidamente en la carrera médica psiquiátrica, se identificó eficazmente con el paradigma científico (lo que nunca pudo

conseguir Freud en Europa) y también con la propia cultura americana del consumo de masas, que era la característica de la Segunda Revolución Industrial.

Así, en el nuevo continente, el psicoanálisis se oficializó como el paradigma psiquiátrico normativo (de hecho, no se admitían analistas fuera de la titulación médica, y fue así hasta los años 80, expulsando a los psicólogos a otros paradigmas cognitivistas y conductistas, que crecían a la par que se constituían como *lobbies* anti-psicoanalíticos por pura reacción contra-elitista), y se volvió ajeno en forma y fondo a las ideas originales freudianas (fue “absorbido” por el *establishment*). Donde siguió siendo marginal, como en Europa, el movimiento crecía despacio, con una imagen alabable, grandiosa pero cismática y sectaria. Zaretsky compara este hecho, esta dualidad, con el trauma de quedar atrapado entre Escila y Caribdis (p. 105). Como la absorción podía destruir la identidad del psicoanálisis, la marginalidad pareció a muchas personas el mejor punto de partida, y así ha venido ocurriendo en nuestro continente.

A esto se añadió en Europa la tragedia clave de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), y su desenlace traumático para todos, con millones de muertos en cada bando y trinchera, pero más para la sociedad de los imperios centrales que se vio convulsionada y entró en una década de revoluciones políticas, incertidumbres económicas, amenazas totalitarias de distinto signo que presagiaban un aciago final. El ambiente de derrota, de vulnerabilidad, de sino maldito individual y colectivo expuesto a merced de las pulsiones enteramente agresivas y destructivas, de tanta desgracia y trauma visible en las neurosis de la guerra y las trincheras, motivó en gran medida el cambio del paradigma freudiano del momento y la adopción, definitiva y trascendental, de la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte en *Más allá del principio del placer* de 1920.

La cultura y la sociedad europeas eran receptivas a este principio conceptual pulsional, en el cual desembocaba por trayectoria intrínseca y coyuntura extrínseca todo el aparato teórico freudiano de la metapsicología estructural y fantasmática. Parecía evidente que había una fuerza inconsciente maldita, que deshacía con empeño lo que el Yo se afanaba en construir, que atacaba desde el exterior la trinchera del Yo, quien no podía hacer otra cosa que defenderse una y otra vez, y esperar acontecimientos. Resulta tremenda la imagen de la pulsión de muerte en combate con el Yo, tomada cuasi-literalmente de las nuevas tácticas de guerra de trinchera vividas por primera vez en la historia en aquellos años, porque los nuevos soldados del siglo XX no eran gente mercenaria ni violenta, sino simples civiles reclutados por quintas, y sufrían la neurosis de guerra porque las circunstancias no les permitían avanzar y enfrentarse al enemigo en campo abierto, desfogarse atacando y matando al otro, sino que lo único que podían hacer era contenerse en la trinchera, defenderse de las bombas que les caían y sufrir sin poder moverse de allí.

La orientación psicoanalítica del tratamiento de estas neurosis de guerra, recomendando la expresión subjetiva y emocional y la catarsis de los afectos traumáticos, el llanto y la expresión de emociones en lugar de la represión y la inhibición, era lo mejor que se podía hacer frente a la inmensidad del drama y el trauma de la guerra, de modo semejante a como el Yo puede consolarse y expresar precariamente su resistencia y su impotencia frente a la inmensidad de la pulsión de muerte. En estos ejemplos se observa

claramente la relación estrecha entre la historia social y cultural del psicoanálisis, la época tremenda de guerra y traumas vividos por aquella generación, y las producciones teóricas y clínicas que paralelamente se gestaban, y esto el libro lo refleja muy bien.

No obstante, el período de entreguerras también fue la ocasión para ensayar tratamientos psicoanalíticos en estos nuevos pacientes traumatizados, lo que facilitó una expansión paulatina del movimiento, más visible en los países anglosajones que fueron los que más confiaron en el método como alternativa humanitaria, más económica y menos coercitiva que la psiquiatría antigua. Apareció el “psicoanálisis de masas”, y también se generalizó el requerimiento del análisis didáctico para ejercer como terapeuta (p. 189). En los años 20, la mayoría de los analistas ya procedían de Estados Unidos y Reino Unido (se acababan de fundar, por ejemplo, las famosas clínicas Tavistock en Londres y Bellevue en Nueva York) y nos dice Zaretsky (p. 277) que más de la mitad de los analizados de Freud eran de procedencia anglosajona (el maestro era políglota habitual, en inglés, francés y por supuesto alemán). En la Unión Soviética, por contra, el psicoanálisis fue pronto perseguido y censurado, ya que una premisa bolchevique irrenunciable era la negación de la autonomía personal y de la subjetividad, entregada enteramente a la colectividad de la clase y el dictamen del partido (p. 196).

El movimiento, por tanto, triunfó en los países más capitalistas, paradójicamente para quienes siendo analistas se identificaban con posiciones políticas más socialistas (aunque no bolcheviques). La razón la entrevió con agudeza Gramsci, el gran teórico comunista italiano, que rechazaba el psicoanálisis porque lo consideraba la coartada psicológica perfecta del capitalismo, porque enfatizaba la subjetividad y el individualismo sin ninguna referencia a la clase o la colectividad histórica; la confianza analítica en la libertad de pensamiento y elección que fundamenta las sociedades liberales y democráticas, y la vida de consumo, producción y fantasía ociosa fuera del lugar del trabajo, también propiciaba colateralmente una refamiliarización en el contexto consumista y capitalista (tras haber el psicoanálisis contribuido en las décadas anteriores a la desfamiliarización del tipo victoriano reprimido). En definitiva, la concepción freudiana del ser humano como un sujeto deseante, siempre insatisfecho y ávido de satisfacción, se traducían en América -y más tarde en la sociedad europea de los años 20 influida cada vez más por la cultura liberal capitalista- en términos de consumo, de consumo de masas y de producción y demanda de objetos instrumentales que no colmaban realmente el deseo neurótico, no alcanzaban satisfacción individual, pero sí alimentaban la producción y la sociedad de masas, y engrasaban como ningún otro paradigma la cadena de la economía moderna.

El inconsciente era un universo insaciable pero manipulable (p. 215), y en esto vieron los productores y genios del capitalismo de los años 20 el filón inagotable de seducción y *marketing* de los productos de consumo para atender la demanda de los sujetos de las nuevas clases medias. El llamado “fordismo” americano (que sustituía astutamente al anterior *taylorismo* autoritario y opresor del proletariado industrial), que es la teoría socioeconómica y psicológica que atendía prioritariamente a las necesidades y demandas de los trabajadores, en su puesto de trabajo y también en el hogar y el ocio, constituía el mejor reclamo para fidelizar empleados y consumidores, y significó el instrumento paralelo americano para disolver eficazmente el conflicto de clases marxista.

De esta manera, se incentivaba desde el sistema una nueva clase media estadounidense entusiasmada por el *new way of life*, entregada gratuitamente a la defensa de la economía de mercado, la democracia liberal y la adecuación de la oferta productiva a las demandas individuales y exigentes de los nuevos consumidores.

El psicoanálisis en Estados Unidos servía con eficiencia a este nuevo paradigma, y a él se asimiló, con sus beneficios y perjuicios. La profesión fue adquiriendo estatus clínico y universitario, renombre y prestigio, referencia social y cultural, y la fama y atractivos de la teoría y de la metapsicología se extendieron también al paradigma cultural, confluyendo de lleno en el mundo del arte, el surrealismo y especialmente el cine. El autor de “Secretos del alma” (el libro) hace un recorrido muy completo por las obras artísticas, de los distintos géneros (pintura, literatura, filmografía, música) que *bebieron* del psicoanálisis en estos años de vanguardia, en el período de entreguerras hasta la crispación y la polarización de los años 30 (y el *crash* del 29 que convulsionó la economía mundial y seccionó de golpe todas estas creaciones y liberaciones), durante la *época dorada* de Hollywood, el modernismo artístico y las vanguardias que tanto se inspiraron en Freud y en el inconsciente.

Sin embargo, en el seno de las instituciones psicoanalíticas nacionales e internacionales, el desarrollo de la metapsicología freudiana estaba dando lugar a una transformación decisiva del objetivo clínico y teórico del análisis, mudando de la investigación del inconsciente a la exploración concienzuda de su instancia fundamental, el Yo. El primer psicoanálisis que atendía a todos los fenómenos inconscientes, a todas las pasiones y afectos del Ello queriendo hacerlos conscientes, dio paso a una nueva versión del análisis de las resistencias, en torno exclusivamente al Yo como agente de la cura a la vez que represor del Ello, y por tanto clave intrapsíquica del sujeto (p. 253). La complejidad del Yo se puso en primer plano, en los escritos de Freud de los años 20 y 30, y la discrepancia se extendió por los ambientes psicoanalíticos. ¿Qué hacer con el Yo del sujeto, favorable y también contrario a la cura, motor de los síntomas del sujeto a la par que de su tratamiento?

La Psicología del Yo había nacido en los años 20 de la mano de la teoría del narcisismo freudiano y la reacción a la pulsión agresiva de Adler, y se había centrado en el análisis de las resistencias del sujeto que impiden que afloren los contenidos inconscientes y el cambio conductual, en el seno de la transferencia con el analista. La conclusión freudiana era que el Yo del sujeto debía ser reforzado, como instancia central del psiquismo, porque el maestro había declarado que “donde estuvo el Ello, el Yo debía advenir”, y la mayoría de los analistas estaban de acuerdo. No así algunos críticos europeos, marginales dentro de los marginales del psicoanálisis, que abogaban por no reforzar el Yo, sino antes bien, relajarlo, debilitar las defensas y las resistencias del individuo para animarlo a adoptar una actitud distante respecto a su propio narcisismo, para facilitar el llamado *savoir faire* con el síntoma (p. 269).

Lacan, con el famoso artículo de la “fase del espejo” en 1936, había trazado la primera alternativa a la Psicología del Yo ortodoxa. Otros heterodoxos eran los comienzos incipientes de lo que hoy es el psicoanálisis relacional, de la mano de autores muy cercanos a Freud como Ferenczi o Rank, que tampoco analizaban la resistencia de los

sujetos a la transferencia sino que se fiaban del poder curativo de la relación terapéutica en sí, rechazando de paso la abstinencia freudiana por el efecto re-traumatizador que recreaba en los pacientes, privados del contacto humano necesario para afrontar el trauma psíquico y la escasez, porque estas personas vivían de nuevo en la transferencia la influencia perniciosa de un otro abusador de la intimidad, indiferente y frío a las consecuencias (p. 343). Zaretsky sitúa en la estela de Ferenczi a autores creativos como los Balint, investigadores de las relaciones del bebé con la madre, y en último término la teoría del narcisismo desarrollada por Kohut y la escuela del *self* a partir de los 50.

El caso es que, en estos decisivos años 30, el psicoanálisis en Estados Unidos -y en la Europa que miraba cada vez más hacia América- ya se estaba asimilando al modelo psiquiátrico dominante, enteramente médico y elitista, en confluencia con la investigación positivista cerebral, neurobiológica y estadística, que reducía la ciencia a parámetros cada vez más cuantitativos y conductistas, lo que tras la nueva guerra mundial se constituiría en el paradigma científico dominante mundial y finalmente devoraría al propio psicoanálisis. Alexander fue la figura más importante en este proceso de adaptación de la teoría psicoanalítica a la cultura americana y la fusión con la psiquiatría, lo cual se denota en la siguiente frase: “el análisis se expandió por los Estados Unidos más a lo ancho que en profundidad” (p. 350). Zaretsky se explaya en el libro en diversas citas que reflejan el fuerte escepticismo de Freud al respecto, con actitudes a nuestro juicio bastante hostiles al estilo de vida y trabajo norteamericano (prisa, fachada, masas, pragmatismo, sincretismo, consumismo, ideología burguesa), que se extendían a opiniones personales negativas sobre muchos de los mismos analizados (“a estos *salvajes* cóbrales tarifas muy altas”, le decía a su secretario Rank, p. 277).

En los países de cultura católica (quitando Austria, Alemania del sur y Francia), el movimiento psicoanalítico fue incapaz de arraigarse, por la oposición siempre tácita y a veces explícita de la Iglesia con sus instituciones sanitarias y universitarias, y la influencia política del pensamiento católico tradicional. En los países mediterráneos -sobre todo en España- y en América Latina -Argentina y Brasil- sólo fructificaría en verdad la teoría particular del francés Jacques Lacan, y a partir de la segunda mitad del siglo XX. Esto también supone todo un misterio y un fenómeno apasionante, que el libro recoge en sus páginas finales (p. 483) pero no llega a analizarlo con la suficiente extensión. Lacan empezó siendo un analista ortodoxo, en algún momento derivó hacia la contracultura y el extremo, pero nunca perdió el espíritu crítico, constructivo y reformador que ganó para el movimiento psicoanalítico tantos seguidores y entusiastas de las masas rebeldes y contestatarias de los años 60. Mas no vayamos tan lejos todavía.

Una de las claves que modificó la imagen del psicoanálisis antes de la Segunda Guerra Mundial, y que lo fue distanciando paulatinamente de las primeras coordenadas freudianas, fue el ascenso de la figura materna en el análisis y en la metapsicología, en detrimento de un padre cada vez más difuminado, apartado de los momentos críticos del desarrollo psicogenético y finalmente desautorizado (contra lo cual, por cierto, reaccionaría Lacan en su *retorno a Freud*, que también es un retorno a la figura del padre en la teoría psicoanalítica, o al menos una recuperación de su *nombre*). En efecto, la incorporación mayoritaria de mujeres analistas en los años 20 y 30 contribuyó notablemente a una nueva sensibilidad clínica hacia el lugar preponderante de las mujeres

en los primeros dos años de la vida del bebé, las etapas pre-edípicas fundamentales para la gestación de las defensas más primitivas y las patologías más severas. En vida de Freud, y en gran medida contra su voluntad, la madre ya había sustituido al padre como figura dominante de la primera infancia, y las patologías se interpretaban más como consecuencia de las carencias maternas que como algo intrínseco e intraindividual del niño.

Los desarrollos teóricos, por supuesto, no se quedaban ahí. El feminismo reivindicativo también crecía dentro de las instituciones psicoanalíticas, abanderado por Karen Horney, que negaba la deficiencia estructural de la mujer en comparación con el varón, abogaba por una femineidad en todo independiente de la masculinidad, paralela, no inferior, y oponía a la “envidia de pene” de la mujer, resultado de la castración, una nueva y sugerente “envidia de útero” en el varón, consecuencia de estar privado por naturaleza de la experiencia profunda del coito, el embarazo y la maternidad (p. 310). Horney también afirmaba que las mujeres neuróticas no rehuían el sexo, como creían los hombres, sino el rol femenino otorgado por los hombres a la mujer, y atacaba esta discriminación como enemigo a batir en la terapia con mujeres. También tenía muchas ideas políticas socialistas, que le acercaban al radicalismo de Wilhem Reich, y que amalgamaba en sus planteamientos teóricos y luego en sus prácticas clínicas, tras la emigración a los Estados Unidos.

Las mujeres que lideraron carismáticamente el psicoanálisis en los años 30 y 40, en la etapa de la decadencia de Freud y tras su muerte (las que agruparon bajo su imagen las distintas escuelas enfrentadas), fueron su hija Anna, que a efectos tácitos y pragmáticos hacía de heredera leal del padre y representante de su pensamiento en el núcleo de la Psicología del Yo, y la señora Melania Klein, impulsora de las relaciones objetales (presentes en Freud pero no desarrolladas como tales). El enfrentamiento entre las dos en el seno de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, durante los años de la guerra, y después la ruptura definitiva cuando Anna Freud emigra a Estados Unidos, viene bien explicada en el capítulo X del libro: “la relación madre-niño y el estado del bienestar en la posguerra”.

Fue Melania Klein, la innovadora y crítica con muchos planteamientos freudianos de los dos primeros años de vida del bebé, la que venía azuzando desde 1925 el ambiente psicoanalítico anglosajón, rica encrucijada entre el psicoanálisis judío emigrado y el cosmopolitismo de las islas británicas, y especialmente de Londres. Klein había reformulado las etapas pre-edípicas de Freud y sus elementos estructurales, de modo que el Superyó se fusionaba en gran parte con el Yo original, y se originaba, para Klein, de las primeras representaciones de objeto de la madre, mucho antes de que se formase el complejo de Edipo (p. 378). Afectos como la agresividad, la culpa o la responsabilidad eran ejemplos de dependencia primitiva con el objeto materno, no eran impulsos primarios o autónomos, y no estaban sujetos al control del Yo, el cual no podía ser una instancia independiente del objeto. Había unas nuevas coordenadas, distintas a la organización por estadios evolutivos psicosexuales: Klein formulaba la teoría de las posiciones libidinales y objetales ya en el primer año de vida, la esquizo-paranoide primero (parcial, persecutoria, proyectiva masiva) y la depresiva después (total, interrelacionada con el objeto materno, integrada, sufrida, reflexiva y subjetiva), y conceptualizaba la psicopatología desde otra perspectiva mejor conectada con la madre (aunque todavía sólo a nivel de objeto interno,

no con la madre real ni desde un paradigma intersubjetivo), lo que significaba toda una revolución en el psicoanálisis.

Según Zaretsky, para los Freud (padre e hija), el problema clave había sido reforzar el Yo a fin de dar al individuo cierta libertad con respecto a la sociedad y los propios impulsos. Para Klein, por el contrario, el problema consistía en construir un mundo interior de objetos completos, es decir, forjar y sostener conexiones personales con ellos y con el exterior (p. 380). Estaba emergiendo una nueva teoría de la subjetividad, desde un punto de vista paralelo al ortodoxo freudiano, y el entorno sectario del psicoanálisis se debatía con gran apasionamiento y tentaciones de cisma. Los neokleinianos, muchas veces desde posiciones más intermedias e independientes, contribuyeron a que estos cismas no se produjeran en las sociedades psicoanalíticas nacionales, ni en la internacional, y finalmente ambas perspectivas pudieran coexistir en pacífica armonía, bien avanzado el siglo XX. El libro destaca la labor conciliadora, a este respecto, de Winnicott y Bowlby, y la decantación de todos estos cambios en un nuevo psicoanálisis de posguerra, más afectivo y maternal, con un nuevo vocabulario analítico, centrado menos en el Edipo, la defensa, la culpa o el falo, y más en el apego, el duelo, la envidia, la gratitud, el juego, la madre y el niño (p. 401). La técnica analítica dejaba atrás la abstinencia freudiana, la dureza y la neutralidad, para adoptar nuevas emociones, empatía, implicaciones, contratransferencias e intuiciones, en la senda relacional y humanista.

El auge del nazismo en Europa (desde 1932), la persecución de los judíos y la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) destrozaron completamente el psicoanálisis continental. El autor hace un recorrido bastante detallado por los destinos personales, muchas veces aciagos, de los distintos personajes, que en su mayor parte sobrevivieron a la guerra y emigraron, antes o después, a las islas británicas o a Estados Unidos. De hecho, Freud fue uno de los últimos, porque no decidió exiliarse hasta que, consumada ya la anexión de Austria al III Reich, la misma Gestapo detuviera a su hija Anna en Viena y la interrogara, afortunadamente sin consecuencias. Muy mayor y muy enfermo de su cáncer de mandíbula (que le había sido diagnosticado en 1923, y por tanto había evolucionado con mucha lentitud), llegó a Londres en 1938 y en menos de un año le llegaría la muerte natural con 83 años. Otros tuvieron peor suerte, y perecieron en campos de exterminio o tiroteados (como Oppenheim o Sabina Spielrein, por ejemplo, p. 346). Algunos autores sobrevivieron a los campos de concentración, y luego escribieron sus experiencias y ampliaron la interpretación psicoanalítica de estos fenómenos brutales, del totalitarismo, siendo los más famosos Frankl y Bettelheim (p. 419).

La Segunda Guerra Mundial también actuó como causante general y brutal de grandes cambios en la teoría y prácticas psicoanalíticas, como lo había sido la primera 25 años antes. El ambiente de posguerra, el telón de acero y la paranoia anticomunista de los americanos, el espionaje y la censura, la guerra fría entre potencias nucleares antitéticas... pillaron al psicoanálisis por medio y exacerbaron los vicios que, en Estados Unidos, el movimiento venía contrayendo desde mucho tiempo antes, como ya hemos mencionado en su fusión con la psiquiatría y el pensamiento dominante, consumista y controlador. La Psicología del Yo defendió encarecidamente este paradigma conservador, representado por el principal autor que lo encarnaba, que era Heinz Hartmann: un judío emigrado, hijo del “más eminente de todos los médicos de Viena”, destacado intelectual y

experimentalista en su juventud, con ideología burguesa más bien positivista, analizado por Freud “a petición de éste”, es decir, del propio Freud que pidió analizarle, especifica Zaretsky (p. 410).

La preocupación de Hartmann era “la fuerza del Yo”, su capacidad para adaptar y poder dominar el mundo exterior del sujeto, y convertir al psicoanálisis en una psicología general que pudiera explicar también las funciones cognitivas del individuo (pensamiento, memoria, percepción). No le interesaban tanto las relaciones del Yo con el Ello y los afectos (objeto de estudio freudiano por excelencia durante la mayor parte de la vida del maestro), sino del Yo con el mundo social y la realidad, con la conducta relacional. Había llegado a decir que “la realidad modela el Yo y también a los impulsos subyacentes” (p. 411). El psicoanalista se convirtió, en los años 50, en el terapeuta modélico del paciente para enseñarle, de forma vicaria y a través de la interpretación, cómo entender las resistencias, dominar los afectos, adaptarse a los contextos y rendir socialmente “en la esfera del Yo”. La “Psicología del Yo” se convirtió así en un clarísimo antecedente de las terapias racionales y cognitivas posteriores, que en pago renegarían de su pasado analítico e inconsciente cuando tiempo después se asociaron con las terapias neoconductistas.

De esta manera, la cultura psicoanalítica ortodoxa sancionó el pensamiento tradicional, la masculinización de la sociedad y el relegamiento de la mujer al hogar y la maternidad, en cánones clásicos discriminatorios que hoy consideramos misóginos. También rechazó la homosexualidad (y la teoría bisexual freudiana original) como patología y déficit (p. 448), y la misma Anna Freud justificaba en 1977 que “el equipamiento anatómico de la hembra la sitúa en desventaja en relación con el poseedor del falo” (p. 443, nada dice el libro de que Anna era lesbiana, lo que añade más extrañeza y alienación a esa forma de pensar, que además contenía toda una distorsión de las ideas liberales e igualitarias de su padre, en lo tocante a los sexos). La absorción del psicoanálisis por el espíritu de la Guerra Fría fue tremenda, y eso explica bastante su descrédito posterior.

Además, el psicoanálisis se había convertido también en una especie de religión laica para tantos emigrados desarraigados, judíos agnósticos y traumatizados, que encontraban en esta secta carismática, elevada de estatus a norma social y cultural, una identificación colectiva, imaginaria, que conforme iba ganando adeptos y profesionales seculares se volvía cada vez más rígida e institucional, más represora y ortodoxa, más un aparato artificial y técnico que una comunidad clínica, creativa, crítica o humanista (p. 448).

Muchos colectivos marginales desconfiaron del movimiento psicoanalítico, y se convirtieron en enemigos declarados suyos: feministas, homosexuales... psicólogos también, recordemos que hasta los años 80 estuvieron excluidos de la titulación de psicoanalistas de la IPA. Tampoco los psicoanalistas investigadores y creativos se sentían representados por la institución, y la acusaban de dedicarse sólo a tratar síntomas y pacientes, no a pensar, profundizar ni investigar conceptos o fenómenos inconscientes como había ocurrido en el pasado (p. 433). Paulatinamente iba surgiendo, a veces en paralelo y a veces en las bases, una corriente o actitud analítica contestataria de la institución, crítica con la Psicología del Yo, también con la política americana y

simpatizante del marxismo y el anticapitalismo. Lo que en los años 50 había estado controlado, con la llegada de los 60, de la nueva sociedad americana, la contracultura y la ruptura generacional, terminó explotando y, claro está, afectó de lleno al movimiento psicoanalítico.

La cultura juvenil de los 60 fue la antesala de la actual posmodernidad, caracterizada por el pensamiento relativista, idealista, anticapitalista y consumista a la par, egocéntrico, narcisista, antinómico, anticonservador, popular y libertario, favorable a las drogas y al nihilismo, que el autor sintetiza en el lema: “haz lo que te dé la gana” (p. 460). La sociedad no era la de la Segunda Revolución Industrial, gestadora del modernismo, sino otra sociedad post-industrial (también llamada la Tercera Revolución Industrial, término que no aparece en el libro), caracterizada por el auge de los servicios y las nuevas tecnologías de la información. Los jóvenes, por propia emergencia apabullante y también por reacción pendular al control y conformismo social de la generación anterior, explotaron con un narcisismo nuevo, desconocido hasta entonces, irreverente, inconformista, indignado, exigente e irresponsable, muchas veces arbitrario y ambivalente, insustancial y líquido, ligado esencialmente a la imagen más que al significado, al reconocimiento de la identidad, de la imagen, por los otros. Es la nueva cultura narcisista de la imagen, de la identidad individual y tribal que continúa boyante en nuestro siglo XXI.

El cambio cultural también fue precedido y seguido, en una dialéctica espontánea y natural, por modificaciones también en los constructos psicológicos, especialmente en el psicoanálisis que en ese momento constituía la referencia básica del pensamiento occidental. Ya en 1946 Hartmann, Kris y Loewenstein habían aconsejado reemplazar la palabra Yo en las traducciones inglesas de los textos freudianos del narcisismo, por el término *self* (sí mismo). Su explicación era la siguiente, según recoge Zaretsky: “el uso freudiano de esa palabra es ambiguo, emplea yo para aludir a una organización psíquica y a la persona en su conjunto” (p. 463). El narcisismo, observaban los tres principales psicoanalistas del Yo, no es la investidura libidinal del Yo en contraposición al Ello, sino la del sí mismo (el *self*) en contraposición al mundo. El cambio cuajó en la literatura psicoanalítica, y fue el instrumento que décadas más tarde trataría de conceptualizar los cambios sociales y psicológicos masivos de la era postmoderna.

La nueva generación de analistas asistió a un debate de calado, entre las posibles formas de abordar en la clínica, y consecuentemente en la teoría, esta nueva realidad psicosocial *fronteriza*. Lo encarnaron dos analistas maduros y expertos de distintos campos. Uno era Heinz Kohut, americano, que reevaluaba el narcisismo desde la falta, el déficit, la necesidad de validación del paciente por el analista y de un acompañamiento terapéutico en forma de modelaje afectivo, reparador de los graves traumas y carencias maternas padecidos supuestamente por el sujeto en la infancia, en torno a un paradigma intersubjetivo y relacional que cobró verdadera forma y entidad en la teoría psicoanalítica gracias a precisamente a él. Kohut reemplazaba la dialéctica de la culpa por la tragedia (p. 467), como el trauma terrible sufrido por Edipo en la infancia temprana, que explicaba por sí solo el parricidio y el incesto acontecidos de adulto, y emplazaba al analista a ejercer como objeto saludable del *self* del paciente, en un largo proceso de validación y aceptación de la propia identidad y carencias (negadas y disociadas por las defensas narcisistas).

El otro autor de cabecera del momento era Otto Kernberg, más joven (el único que continúa vivo en la actualidad de los importantes que aparecen en el libro), también americano pero de origen austriaco y crianza chilena, forjado en la escuela de las relaciones objetales (no del *self*). Él subrayaba ante todo la grave patología de estos pacientes y la necesidad de intervención directa sobre ellos, no paliativa ni reparadora, sino interpretativa y confrontativa, gestionando los límites y el *insight* (no tanto los afectos y la relación, pero también) con acierto para disolver la angustia de estos pacientes *borderline*, y facultarles así a las relaciones cada vez menos parciales y más totales con los objetos de su entorno (p. 469). De nuevo, la dualidad psicoanalítica -más bien la multiplicidad- estaba servida.

Con el transcurso de estos años centrales del XX, el psicoanálisis en general había ido mudando de una teoría de los impulsos a una clínica de los afectos; de una técnica específica, abstinentemente y neutral, a un paradigma más ecléctico, más intervencionista y espontáneo, de menos técnica y más juego interactivo entre paciente y terapeuta, más abierto a nuevas individualidades y subjetividades, que difuminaron la tipología uniforme original en un nuevo lenguaje y técnica correlativos a la sociedad de masas y de la información. Lo cual desembocó en este momento histórico en las nuevas psicoterapias, más heterogéneas, eclécticas, sintéticas, heterodoxas, pragmáticas, herederas de los postulados psicoanalíticos del Yo pero muchas veces renegadoras de la importancia del inconsciente. La ortodoxia cedía terreno en la teoría psicológica, el atractivo sociocultural, y en la propia clínica, ante una heterodoxia múltiple más ligada a las nuevas realidades humanas, poliédricas, confusas, diversas, relativas, que a la cura-tipo original. La generación de los 60 se caracteriza también por la aceptación y la expansión multilateral de toda la gama de nuevas terapias: cognitivas, conductuales, gestálticas, sistémicas, humanistas, rogeriana... (y también el surgimiento de la farmacoterapia psiquiátrica, muy importante para el devenir del modelo médico oficial, y la nosografía colateral).

La dialéctica psicoanalítica entre absorción y marginalidad sufrió nuevos episodios, pero más confusos, más cercanos a nuestro tiempo. El psicoanálisis ortodoxo fue contestado por nuevas variantes que pujaban fuerte, como la lacaniana, que consiguieron arraigar en tierras de promisión inéditas como dijimos: América Latina y España. El lacanismo significó también la re-conexión del psicoanálisis con el mundo clínico y contracultural, la filosofía y el pensamiento postmodernos, el arte, el lenguaje y las humanidades como mundos oportunos de significación, alejándose de las pretensiones científicas y experimentales de la psiquiatría médica (que iría progresivamente virando hacia el DSM neurobiológico y estadístico). Jacques Lacan enunció el cambio en uno de sus famosos lemas: *del cógito al parle* (p. 480), y consiguió articular todo este pensamiento nuevo como un *retorno a Freud*, una vuelta al origen y a la legitimidad anterior. También reivindicó la figura del padre, en igualdad con la madre y a la vez en la diferencia, desde un paradigma estructural bastante abierto y en cierto modo libre y virtual. Ello también atrajo numerosas simpatías de círculos analíticos descontentos con el eclecticismo psicoanalítico, que buscaban algún remedo de purismo freudiano, y esto en cierto modo lo era, con sus connotaciones carismáticas, marginales y sectarias de paso.

Lacan en Francia encarnaba el análisis postmoderno, contestatario, sin autoridad legítima, libre, muy crítico con la sociedad moderna, las masas y el capitalismo, y a la vez equilibraba el sectarismo con la apertura a la pluralidad de saberes y creaciones. También situó de nuevo la clínica psicótica, estructural, escindida de la neurosis, en el primer plano del psicoanálisis, adoptando una posición escapista de las nuevas patologías narcisistas; no hay estructuras intermedias, y los pacientes borderline deben recibir un trato clínico como si de psicóticos, o de psicóticos normalizados (“ordinarios”), se tratase; si bien estos desarrollos ya serían de su última etapa.

En los años 60 el lacanismo se caracterizaba por el uso completamente libre de la técnica psicoanalítica, sin arreglo a ninguna estandarización metodológica clara, y Zaretsky cita a la biógrafa Roudinesco para anotar que Lacan era incluso capaz de “zamparse una comida entera durante una sesión, simular mucha prisa, caminar de acá para allá, emitir algunos gruñidos, hacer un comentario enigmático o sentarse a terminar de escribir un artículo” (p. 479). Y todo esto mientras tenía al analizado delante y él iba asociando. El resultado de estas “malas prácticas” para el psicoanálisis ortodoxo (el internacional entero) fue la expulsión de Lacan de la IPA, lo que significaba el primer cisma real en la institución en décadas.

Lacan no abandonó el psicoanálisis, como habían hecho en condiciones semejantes Adler y Jung. Él fundó su propia asociación psicoanalítica mundial (la AMP), remarcó el carácter freudiano de su *campo* y comenzó a divulgar sus ideas metapsicológicas y clínicas mediante sus célebres seminarios y escritos, en el *École Normale Supérieure* de París. Zaretsky lo compara a Lutero, porque se comportaba como él al crear una nueva iglesia y fundarla no en normas o cánones, y menos en mediadores facultados, sino directamente en las *sagradas escrituras* de Freud, rechazando totalmente la formación psicoanalítica establecida: “el psicoanalista no acepta más autoridad que la suya propia”.

Esto se iría puliendo con los años, en paralelo a la consolidación y sucesivas complicaciones de su teoría (del *Nombre del Padre* único a los múltiples *Nombres del Padre*, por ejemplo), mientras iba cogiendo cuerpo los nuevos instrumentos e instituciones emanados de París, aunque el libro no entra mucho en estos detalles. Lo importante es que, con estos movimientos, el psicoanálisis de inspiración lacaniana y crítica consiguió infiltrarse y caracterizar “la Nueva Izquierda europea”, alejada de las instituciones políticas o profesionales oficiales, del modelo médico y conservador, y en contacto diario con los cambios sociales, culturales y de estilo de vida que marcaron los años 60.

El psicoanálisis que resurgía era menos sexual, menos freudiano en ese sentido, y más político, feminista, contracultural, de la “psicología del poder” que desde los primeros tiempos había latido en el plano secundario de los analistas y, finalmente, había conseguido imponerse (p. 488): en síntesis, la “envidia de pene” se entendía en realidad como “una envidia de poder”. “Secretos del alma” menciona también la influencia recíproca que en estos intercambios ejercieron intelectuales contemporáneos como Marcuse, de la Escuela de Frankfurt (teórico del narcisismo primario como sentimiento oceánico), y Foucault y Laing, representantes de la antipsiquiatría desde las ramas de las humanidades y de la medicina, respectivamente.

Foucault acusaba a la psiquiatría de “ser un monólogo de la razón acerca de la locura”, nunca un diálogo; de excluir al loco por sistema, bajo el signo de la alienación y de la enfermedad mental, funcionando como un instrumento represor cualificado del orden establecido. Ambivalente con Freud, criticó al psicoanálisis por ser una técnica reduccionista que conduce a los pacientes a una auténtica esclavitud en manos del analista poderoso, intocable, y los convierte en sujetos en retirada de sí mismos. Podemos pensar nosotros -no lo menciona el libro- que el psicoanálisis relacional por su cuenta ha tendido bastantes puentes hacia los postulados críticos de Foucault (mucho más que la vertiente lacaniana, pongamos por caso, que ejemplifica el *máximum* de distancia entre analista y analizado), al equiparar en gran medida a paciente y terapeuta en un mismo campo intersubjetivo, en posiciones bastante simétricas y recíprocas, donde el analista se expone verdaderamente al escrutinio legítimo y necesario del paciente, en un acompañamiento terapéutico basado ampliamente en la *hermenéutica de la confianza* y no en la ética de la sospecha, que era justamente lo que muchas veces atacaron los antipsiquiatras. Desde luego, hoy concebimos desde el psicoanálisis relacional que no existe un campo de la salud mental separado realmente de la psicopatología, y ésta, que se caracteriza esencialmente por un sufrimiento humano comprensible, funciona siempre a nivel sistémico y multidireccional entre las distintas subjetividades que confluyen en el entorno, en el contexto familiar, social, laboral, político, clínico, etc.

Terminada la convulsa década de los 60, Zaretsky traza el panorama general en el siguiente párrafo, en el cual podemos rastrear pistas cercanas en el tiempo que llegan hasta nuestro siglo XXI:

“La gran Iglesia freudiana había cedido el paso a un nuevo clero desacralizado y “casado”. Había tres grandes conjuntos de pensamiento -la psicología del yo, las relaciones objetales y el lacanianismo (sic)- que habían perdido cualquier noción de las relaciones existentes entre ellos. Fuera del mermadísimo territorio del psicoanálisis, la autoridad se había trasladado a los laicos, sobre todo a las mujeres y los gays. La imago de Freud, aunque siguió siendo poderosa, quedó aislada de cualquier base efectiva en las instituciones sociales, y resultaría inesperadamente vulnerable a los ataques externos. No obstante, al igual que ocurrió con la Reforma protestante, la agitación freudiana había establecido un punto de referencia permanente en la vida interior de Occidente, una referencia a la que se recurriría en posteriores momentos de agitación” (p. 492).

Por lo tanto, en plena era postmoderna, Freud sobrevivía como una mera imago socio-cultural, un referente de identificación profesional o ideológica más narcisista e imaginaria que simbólica y consecuente, y las escuelas psicoanalíticas se habían emancipado unas de otras; en conjunto habían mermado terreno, en lugar de ampliarlo. Dice el autor que la vanguardia se había cedido a los movimientos reivindicativos feministas y homosexuales, como en gran medida ocurre actualmente en el confuso universo de las corrientes intelectuales progresistas.

En el epílogo se concluye que aquella síntesis freudiana, genial y precaria, entre la ciencia psicoanalítica, con aires médicos y positivistas, experimentadores, darwinianos... y la clínica humanista, psicológica, literaria y cultural... una síntesis teórica, práctica y metapsicológica efectiva y sugerente, ha terminado por fenecer completamente. La

presencia psicoanalítica se encuentra en nuestro tiempo muy dispersa, en la clínica y en la sociedad, y sobrevive con más presencia en esa segunda parte humanista, psicológica y terapéutica, también en el arte, la ideología, puede que también en la política... (p. 495); pero como antes se ha mencionado, parece más imago que verdad, más imagen -en consonancia con la identidad narcisista postmoderna- que realidad o contenido.

La Psicología del Yo terminó por diluirse en un eclecticismo técnico y nosológico que transformó el paradigma psicoanalítico, de una forma extraña y a la vez natural, en la neurociencia médica, biológica, farmacológica y estadística que se impone hoy día, como la gran *evidencia* científica. Puede resultar misterioso el cambio, de cómo el inconsciente freudiano y las pulsiones de vida y muerte, y las defensas del Yo, han dado paso a una mente homologable a una gran computadora y a un cerebro humano semejante en el fondo a cualquier otro órgano del cuerpo (células, hormonas, neurotransmisores, funciones neuropsicológicas). No es tan difícil la explicación para un salto de estas proporciones, si de nuevo recurrimos a la herramienta hermenéutica del psicoanálisis, con nuestra habitual dosis de sospecha: en términos de la dialéctica del poder, se ha sucedido un pensamiento dominante, normativo, conservador, un determinado orden sociocultural y económico que antes encarnaba el psicoanálisis americano ortodoxo, por otro que ahora está representado en el método científico positivista, igualmente médico y psiquiátrico como siempre (“neokrepeliano”, lo llaman), que sigue preservando el mismo orden, la distancia entre los enfermos mentales y los sanos. Ahora sobre la base de la neurobiología cerebral, que es más accesible a profanos, laicos y para la que los creyentes del sistema -que habitualmente llevan bata blanca- afirman encontrar pruebas observables y científicas, y no meras interpretaciones *posibilistas* y falibles como en el pasado.

Sabemos que esto no es así, que la *evidencia* científica no es tal evidencia, sino constructos estadísticos artificiales sacados de una metodología cuantitativa que sesgan los datos clínicos para omitir lo que no se quiere saber o no se puede controlar: lo cualitativo, el inconsciente pulsional y relacional, en definitiva, el alma subjetiva y única de cada persona irreducible a materia. Pero, para el *establishment* académico, universitario, científico, para el político y el económico también, eso no importa, bastan las imágenes (la postmodernidad impera por todas partes) y la estadística para justificar la clínica neurobiológica. El manual DSM es fiel representante de esta ortodoxia, y la nueva edición del DSM-5, recién publicada en Estados Unidos, su más insigne -y horrible- paladín.

El factor clave que ha marcado esta trayectoria no deja lugar a dudas: se trata de la farmacoterapia. Como bien dice Zaretsky, “los fármacos son muchísimo más rentables que el psicoanálisis” (p. 496), son una mina de negocio para los laboratorios farmacéuticos y un instrumento relativamente simple y efectivo para la sanidad de nuestro tiempo, para la clínica mental en el contexto de una sociedad de masas consumista, narcisista, materialista. Yendo nosotros más allá de lo que explícitamente aparece en el libro, el fármaco hoy significa la receta -valga la redundancia- pretendidamente eficaz para aliviar el sufrimiento de un síntoma que sufre el paciente -ansiedad, depresión, obsesiones, alucinaciones, persecución, inestabilidad en el ánimo- que, según el modelo médico válido en la actualidad y heredero de todo lo que venimos refiriendo, en el fondo no tiene que ver con él, sino con otras variables más impersonales, ahora simbolizadas y encarnadas en el cerebro y los neurotransmisores. El paciente es un enfermo, como los demás enfermos

somáticos, y como ellos es inocente de su padecer, ignorante de su inconsciente y ajeno a la responsabilidad de elección del síntoma. Lo que tiene que hacer es tomar la pastilla, como en el pasado era buscar el modo de explorar superficialmente sus defensas inconscientes para adaptarse al orden social y la realidad. Hoy, la adaptación a la realidad ya no pasa por el análisis de la psique, sino por la exploración médica, la evaluación psicopatológica y la receta del fármaco correspondiente a cada síntoma, en comorbilidades unos con otros sin que ello signifique una estructura mental subyacente (de esto se encarga el DSM de atestiguar, que cada trastorno mental es independiente del resto, es puramente observacional y cuantitativo, fenoménico sin teorías subyacentes de la mente).

Cuando los fármacos psiquiátricos aparecieron (del año 1954 en que se descubrió por *serendipia* la clorpromazina para acá), el psicoanálisis médico era la autoridad, y durante varias décadas convivieron en cierta armonía. Incluso en los años 80 existía cierto pluralismo en la medicina, entre la farmacoterapia y la psicoterapia, psicoanalítica o de otro tipo. Sin embargo, la sorda influencia del discurso oficial psiquiátrico, que cambió sibilinamente de paradigma en 1980 con el DSM-III en aras de una “clínica atórica y puramente observacional y fenoménica”, ha ido alimentando la bestia del biologicismo, hasta la completa hegemonía en los años 90, que se mantiene inalterable hoy. La medicina, sustentada poderosamente por un lado en la farmacoterapia rentable y por otro en la tecnología vanguardista de las neuroimágenes (ambas se retroalimentan entre sí, porque las inversiones y las investigaciones son recíprocas en estos dos campos), se ha afiliado enteramente al biologicismo, y ha relegado al psicoanálisis al área de lo “no científico” (p. 497). Que es lo mismo que decir “no médico”, lo cual significa la mayor traición sufrida por el movimiento psicoanalítico americano en su historia, y bien merecida: la expulsión oficial de la medicina de prestigio. Desde este momento, en el psicoanálisis americano y el cultivo del Yo, las campanas tocan a muerto. La exclusión científica ha sido la puntilla, y de ahí ya no se va a poder recuperar por mucho que se esfuerce en ofrecer soluciones condescendientes con el nuevo paradigma dominante, como intenta el llamado “neuropsicoanálisis”.

El otro campo, el de la terapia en contacto con la cultura, con la realidad social y económica de la calle, fuera del discurso consumista y de mercado, es donde algo puede hacer todavía el movimiento psicoanalítico, donde ha sembrado y puede recoger fruto, y seguir creciendo aun en círculos de marginalidad académica o política (y económica). La hermenéutica cultural analítica sigue vigente en el área de las humanidades y el arte, aunque no exista la armonía pasada con la ciencia, que siempre fue una ficción y un sacrificio, y hay que aprender de los errores. La afirmación lacaniana es muy fuerte a este respecto, no tanto la de otras escuelas psicoanalíticas de tipo relacional. Zaretsky concluye que este terreno es el que se puede cultivar, analizar, investigar, mientras se asiste a la transformación irremediable del psicoanálisis oficial en psicofarmacología: el campo clínico y cultural de las políticas de la identidad (p. 499), en definitiva, del narcisismo y la postmodernidad en los pacientes singulares que nos llegan a consulta, más o menos trastornados.

Para concluir, el *freudismo* como tal, el psicoanálisis de los primeros tiempos y la edad de oro y rosas, ha sido finiquitado en América y en todo el mundo, ha sufrido una “des-idealización” y una secularización que lo han relegado a una psicoterapia más, y frecuentemente un área propensa a desarrollos eclécticos, donde el paradigma relacional reúne actualmente las mayores expectativas de crecimiento y credibilidad (p. 502); lo relacional sabemos que corrige los errores técnicos freudianos y es eminentemente práctico, espontáneo, vivencial, intersubjetivo y sincrético, psicoanalítico de origen adaptado al signo de los tiempos y de cada pareja de subjetividades, de paciente y terapeuta en interjuego clínico relacional. El *freudismo* flota a la deriva, dice Zaretsky, y Freud sobrevive en general como una imago del padre, como un referente necesario de inspiración y comparación, para luego sobrevivir cada analista en el día a día de la clínica narcisista de estos tiempos que tantas veces aparece ligada al “haz lo que te dé la gana”, a la cuestión de la ética, los límites y la responsabilidad subjetiva en el propio padecer y en su tratamiento.

Justamente, en la actualidad son los países latinos, como Francia y España, Brasil y Argentina (sobre todo Argentina), donde el psicoanálisis, dentro de estos parámetros seculares, eclécticos y cambiantes, parece tener mayor promisión, más raigambre y fruto, con muchas dificultades y oposiciones. Puede suceder que, para que esto se esté produciendo ahora, las décadas centrales y finales del siglo XX fueron duras en muchos de estos países, no había democracias liberales sino represiones, persecuciones y exilios, y la élite dominante e inquisidora no estaba identificada con el psicoanálisis, mientras que quienes sí lo estaban eran los movimientos sociales contestatarios, progresistas, que finalmente se erigieron en vanguardia crítica e intelectual a la llegada de la democracia. También ocurrirá que, si por unas u otras razones políticas, económicas o ideológicas (científicas y metodológicas, por ejemplo), el psicoanálisis se deja absorber en alguno de esos países por la dinámica del poder y la norma social, y renuncia a la posición marginal, inferior, contracorriente e inconformista que tiene ahora, pueda correr el mismo destino, en la dialéctica de los tiempos que se suceden unos a otros en una rueda sorprendente y a la vez previsible.

El legado del psicoanálisis sobrevive, las ideas que ayudaron a emanciparse a muchos individuos y colectivos, que encarnaron diferentes espíritus a lo largo de la historia del último siglo, y que atrajeron tantas oposiciones y ambiciones. Queda asistir al futuro inmediato, qué derroteros tomará en los círculos del poder y, más importante, a nuestro alrededor y en torno a nuestras vidas personales y profesionales. En este contexto, en nuestra clínica diaria, el libro de Ely Zaretsky, “Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis”, constituye un valioso testimonio, bien documentado, escrito y argumentado, para pensar sobre ello, para comprobar cómo el signo de los tiempos va variando, oscilando, interactuando con las condiciones económicas, políticas y sociales de cada momento, apoyándose en distintos puntos y girando muchas veces sobre sí mismo, para dar lugar a distintas producciones, resultados, que son nuevos y creativos, a la vez que remiten a algo ya sabido, probado, frustrado, luego retomado...

Es la misma historia del hombre moderno y postmoderno, de la mente occidental y de la clínica, que en el psicoanálisis ha tenido a su firme testigo y crítico investigador, más allá de su lugar natural en la terapia individual de tantos pacientes a lo largo de los años y

las edades, y la confusa inserción de esta clínica y ética en el campo de la medicina. Las ideas del pasado, descubiertas o reformuladas por Freud, luego asimiladas y transformadas por tantos otros autores herederos, ideas y razones que cambiaron y mudaron de forma y han llegado al presente, que se proyectan sobre el futuro, que vienen y van, y en medio de este universo de contextos hallamos a la persona que nos viene a consulta, y también a nosotros mismos que nos prestamos al análisis.

Cómo ensamblar todas estas piezas diversas, históricas, teóricas y clínicas, en un pensamiento coherente, propio, eficaz y honesto, subjetivo e intersubjetivo, en nuestra labor diaria de pensadores y terapeutas, es la labor fascinante, inabarcable e inacabable que tenemos por delante los seguidores de Sigmund Freud, o al menos de su imago... Y a la cual sirve, con agudeza y sabiduría, este libro que hemos leído.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Martín Fernández, J.D. (2013). Reseña de la obra de E. Zaretsky: "Secretos del alma. Historia social y cultural del psicoanálisis". *Clínica e Investigación Relacional*, 7 (2): 440-461. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]